

Visión desde cabina

NORME HIGLAO ALBARES
Artes de Aviación

UNA de las decisiones más importantes que una persona ha de tomar es, sin duda alguna, cuál va a ser la actividad en la que desarrollará su trabajo a lo largo de su vida. Son momentos difíciles en los que poco importa lo que te puedan decir o recomendar tu familia y amigos. Tu vocación y aficiones están por encima de todo ello.

Cuando la actividad que en esos momentos te atrae sólo puede llevarse a cabo en el seno de las Fuerzas Armadas la toma de decisión se complica de gran manera, especialmente cuando la persona que se encuentra en esa situación es una mujer. Ese fue mi caso.

En aquellos momentos, aunque conocía el caso de otras mujeres que me habían precedido en la elección de este trabajo, sólo veía mi situación aspirando a entrar en una Institución llena de tradiciones en las que probablemente no habría lugar para

mí. Sin embargo mi vocación y mi carácter, más bien fuerte y decidido, me animaron a intentar buscar ese lugar.

Cuando ingresé en el Ejército del Aire imaginé que habría cosas de la vida militar que me causarían extrañeza, especialmente durante el período de adaptación e instrucción, y de hecho así sucedió.

De alguna forma iba preparada o concienciada para encontrarme ante situaciones difíciles, o por lo menos diferentes a las vividas anteriormente durante la vida civil. Y aún siendo consciente de que mi condición de mujer me supondría algún tipo de dificultad añadida, sólo se me ocurría pensar en problemas de alojamiento o similares como realmente preocupantes, pues las diferencias físicas suponían para mí más un reto que una limitación. Sin embargo habría que tener en cuenta muchas otras cosas con las que yo no contaba.



No existe diferencia a la hora de dar el "briefing"

Durante el período de instrucción militar se me recordó más de una vez que si yo había exigido igualdad para entrar en el Ejército, el Ejército me exigiría igualdad a la hora de responder como el resto de compañeros... hombres, y que por tanto no debería esperar ningún tipo de favor o distinción en el trato.



"Y recibido, autorizado para el despegue"



Nada más lejos de mis intenciones, pues yo ni esperaba ni deseaba otra cosa.

Sin embargo recuerdo que el mismo "señor" que me gritaba durante la instrucción que iba a hacer de mí "todo un hombre", después pedía disculpas si pronunciaba alguna palabra malsonante, porque... "hay señoritas delante".

Y cual fue mi sorpresa cuando después de ser aleccionada para que diera "pasos más firmes, como un hombre", se me ofrecían, junto con el resto de mi uniforme de paseo, unos zapatos ¡con tacones de seis centímetros de alto! No estaba preparada para aquello. No estaba preparada para utilizar los más peligrosos artilugios que he podido encontrar en toda mi vida militar, que en un momento pueden hacer perder el paso a toda una formación, dislocar tobillos y convertir en un suplicio una Jura de Bandera con paso ligero y fusil en "tercien" incluidos.

Aquello me confundió en gran manera por la contradicción que suponía el advertirme sobre la igualdad que debía haber en mi comportamiento y rendimiento con respecto al resto de compañeros, y los impedimentos que se me ponían para demostrarlo,



El concepto 'Integración hombre-máquina', ¿deberá ser revisado?

ción de vuelo, era, si mi condición de mujer pesaría tanto, que sería óbice para que se valorara de forma objetiva mi capacidad como futuro piloto, o si en esta etapa no existirían tales prejuicios.

Mi afición por la aeronáutica me había llevado a leer distintos estudios e informes en los que se destacaban los numerosos problemas que puede encontrar la mujer que elige como profesión la de piloto. Muchos de esos problemas han quedado como simples anécdotas conforme la mujer ha ido ocupando estos puestos en los ejércitos de otras naciones, especialmente en los Estados Unidos. Sin embargo no dejaba de preocuparme la existencia en el pasado de esos y otros problemas específicos asociados al equipo personal del piloto y al vuelo en sí.

Y llámense prejuicios o curiosidad excesiva, lo cierto es que tanto en este nuevo período de formación, como luego al empezar a ejercer las funciones propias de piloto de transporte, volvía a encontrarme con ciertos problemas de aceptación. Esta vez a otro nivel.

Ahora lo extraordinario no es ver a una mujer vestir de uniforme, sino verla subir a un avión con intención nada menos que de ¡pilotarlo!

El hecho de ser mujer crea una expectativa en el instructor, o en el compañero de vuelo que impide, en un primer momento, valorar objetivamente sus aptitudes. Esta

pues con la falda, las medias y aquellos zapatos se hacían más evidentes las diferencias entre nosotros y en lugar de suplir las limitaciones que pudiera haber, las incrementaba y ponía aún más de manifiesto.

Así empecé a darme cuenta de que los mayores problemas con los que me iba a encontrar durante mi permanencia en el Ejército del Aire, y creo que el resto del personal femenino en general también, no son ni de legislación, ni por limitaciones físicas, ni tampoco por falta de infraestructura adecuada, aunque sobre esto último aún quede mucho por hacer. El mayor problema es de mentalidad. Se nos ofreció por fin la oportunidad de incorporarnos al Ejército, no hace muchos años, y se aceptó nuestra presencia en él tras una primera etapa de sorpresa, novedad y atención excesiva; sin embargo persiste una mentalidad aún reacia a admitirnos, al menos a priori, como un miembro del Ejército más.

Mi experiencia como militar era todavía corta cuando llegaba a estas conclusiones. Mi gran duda y preocupación entonces, terminada la fase de instrucción militar y a punto de comenzar el período de instruc-

es la ocasión de escuchar los más variados comentarios, basados muchos de ellos en la desconfianza, hasta que superados los primeros "miedos" se nos reconoce la capacidad para hacerlo tan bien o tan mal como cualquiera.

Observando la reacción de las personas con las que he volado, he descubierto diversidad de actitudes en su comportamiento, como la del desconfiado, el paternalista, el que valora al hombre por sus aciertos y a la mujer por sus fallos, o el que afortunadamente valora a ambos por sus aptitudes y no por su sexo. Actitud, esta última, cada vez más frecuente, que se acentúa al compartir horas de vuelo, y que confío sea la pauta a seguir para la construcción de un futuro de igualdad entre hombres y mujeres, dentro del Ejército del Aire.

Aun no hemos tenido la oportunidad de volar aviones de combate. No se si alguna mujer tendrá la ocasión de hacerlo en España, o incluso si pueda ser yo la afortunada que iniciase ese camino. Lo que sí puedo asegurar es que la mujer, al igual que lo ha hecho el hombre hasta ahora, demostrará que tiene su sitio en nuestro Ejército del Aire. ■